

PREGÓN DE NAVIDAD HERMANDADES DEL TRABAJO 2021

Por D. Juan Carlos Antona Gacituaga,

**Director del Secretariado de Pastoral del Trabajo, de la
Diócesis de Madrid**

Queridos amigos y amigas del Centro de Madrid de Hermandades del Trabajo.

Agradezco profundamente la invitación de vuestro Consiliario, D. Ramón Llorente, para hacerme presente entre vosotros como pregonero de la ya cercana Navidad de este 2021. Un saludo muy cordial y entrañable para todos y todas, tanto para los aquí presentes como para aquellos que nos seguís por las redes sociales.

La Navidad es, por antonomasia, EXALTACIÓN: Exaltación de valores humanos. Exaltación de sentimientos y de afectos. Exaltación de la solidaridad y del compartir. Exaltación de rancias, y siempre actuales, tradiciones y costumbres. Del júbilo, y de la alegría y del buen comer y del buen beber, que también esto puede ser santo y noble. Es la exaltación de la espontaneidad, de la ingenuidad, de la ilusión y de todo aquello que de noble hay en la naturaleza humana.

Pero, por encima de todo, inspirando todo, empapando todo, la Navidad es la exaltación apoteósica de la donación divina, de la suprema generosidad de un Dios que ama del todo y gratuitamente, y que, desde su absoluta infinitud, se viste de



carne, se encierra en los estrechos límites de la naturaleza humana, para abrirnos a nosotros los hombres, sus creaturas, las puertas de su divinidad.

La Navidad constituye el fenómeno cultural más sorprendente de amalgama de motivaciones espirituales y prácticas terrenales, de lo religioso y lo profano, de lo vulgar y de lo sublime, de lo serio y de lo festivo, de lo particular y de lo universal.

Pero la Navidad es, además, transformación.

Resulta enormemente sorprendente y difícil de comprender, la mutación que experimenta la vida toda en esta época del año. Las conductas no son las mismas. Las relaciones se endulzan, se hacen cordiales, cálidas, comunicativas. La vida profesional se distiende, se aligera, podría decirse que se humaniza. Las ciudades y los pueblos y los hogares se engalanan y se visten de fiesta.

Un clima de "aparente y exultante alegría" lo invade todo.

Pero, ¿qué ocurre? ¿A qué se debe esta radical transformación? ¿Acaso se trata, como algunos defienden, de restos de atávicas celebraciones, relativas al solsticio de invierno? O ¿son quizás residuales tradiciones paganas las que están en el fondo de este insólito fenómeno colectivo?

Pues no. Desde luego que no. Porque, si bien es cierto que el hombre, a lo largo de su historia, siempre ha adoptado una



postura de admiración y sobrecogimiento ante fenómenos y hechos que no alcanzaba a comprender, y que esa postura de sobrecogimiento y admiración se traducían en expresiones y celebraciones rituales o festivas, no es menos cierto que en la Navidad existe algo mucho más profundo que la mera fiesta, que el mero rito. En las celebraciones navideñas hay algo que trasciende lo puramente físico y sensorial. Hay algo que se adentra en lo más íntimo del ser humano, en su mismo espíritu, y modifica los comportamientos y despierta la nobleza y dignifica los ritos y las prácticas festivas.

Y es aquí, al constatar la causa de este fenómeno colectivo, cuando la capacidad de entendimiento se agota y la sorpresa llega al límite. Porque, este desbordamiento de sentimientos, esta vorágine de fiestas ungidas de trascendencia, esta transformación radical de las formas de vida, se deben a la conmemoración de un hecho aparentemente irrelevante, insignificante, y hasta trivial.

Hace ya más de dos mil años, en el año 5199 de la creación del mundo, en la semana 65 de la profecía de David, en el año 57 de la fundación de Roma, en la sexta edad del mundo, como dice el Oficio Divino, en un rincón perdido de este mundo, en Belén de Judá, en un mísero establo, que para Él no hubo lugar más digno, rodeado de animales, en el seno de la más humilde familia, nace un niño al que se le impondrá el nombre de Jesús.



Y este acontecimiento con apariencias de la mayor normalidad, en circunstancias que, desde una perspectiva humana, podrían tildarse de vulgares y hasta de miserables, origina la mayor conmoción conceptual y la mayor convulsión cultural que la historia ha conocido.

Pero, ¿qué tiene que ver, qué relación puede existir entre este hecho corriente del nacimiento de un niño falto de todo relieve social, y la transformación que de él se deriva? ¿Cómo es posible que el nacimiento de un niño constituya un hito histórico tan determinante?

Las preguntas quedan sin respuesta si no se consideran desde posturas de fe y de humildad.

Pero cuando el hombre afincado en estas posiciones de fe y de humildad inquiere con rigor el fenómeno de la Navidad, descubre en él, con júbilo, verdaderas expectativas de vida auténtica y el milagro maravilloso de su filiación divina.

Y ésta, y no otra, tiene que ser la causa de tal conmoción. Ésta tiene que ser la razón por la que la Navidad siempre ha ocupado un lugar preeminente en la expresión religiosa y cultural del mundo cristiano. Éste tiene que ser, sin lugar a dudas, el motivo por el cual, aún hoy en nuestros días, después de veinte siglos, a pesar del materialismo y del pragmatismo que nos invaden, la Navidad siga inspirando la vida y siga sacralizando mitos y ceremonias. Ésta tiene que ser, y no otra, la razón de ser de esta conducta colectiva



transformada. Y esta es la razón de ser de nuestra presencia esta mañana aquí, de la misma existencia de la Iglesia y de la presencia de los cristianos en las realidades sociales, políticas, económicas y, por supuesto, en el mundo del trabajo.

Y así el cortés, pero frío, "Buenos días", formalismo obligado más que expresión de un deseo generoso, dicho con gesto hierático, inexpresivo, y, a veces, hasta de hastío, se ve sustituido por un cálido y cordial "Feliz Navidad" o "Felices Pascuas", que surgen inmediatos y espontáneos, de una sonrisa amplia, optimista, ilusionada.

Y la edad, y el sexo y la categoría social, no constituyen ya durante este tiempo circunstancias determinantes de conductas. Que hombres y mujeres, niños y adultos, sea cual sea su edad y su condición, intelectuales, obreros, religiosos enclaustrados o laicos inmersos en la vida mundana, todos por igual, hechos niños se lanzan a una carrera alocada de ingenuidad, de fantasía y de ilusión.

Y se pensará ¿cómo no? en la viuda desvalida, y en el compañero de trabajo solitario, y en la familia anónima desprovista de todo.

¡Qué maravilla de generosidad! ¡Qué maravilloso poder de transformación el de la Navidad!



Y a este prefacio desbordante de la Navidad se incorporan todos los sectores de la sociedad. Nadie quiere quedar al margen del acontecimiento.

Y ni los poderes públicos, laicos y en ocasiones declaradamente agnósticos, pueden sustraerse a su influjo. Y así cuajarán nuestras calles y nuestras plazas de interminables ristas de luces coloreadas en más o menos afortunados arabescos. Y colgarán de lugares y establecimientos orlas, guirnaldas y alegorías navideñas. Y el aire será surcado por melodías propias del acontecimiento. Y se organizarán festejos y cabalgatas. Y hasta se instalarán, como en nuestra querida ciudad de Madrid, monumentales nacimientos públicos, representación plástica asumida del milagro de la Natividad. Y el paisaje urbano se ve inundado de Navidad.

Se argumentará, con aire de disculpa o de pretexto, que estas manifestaciones poco o nada tienen que ver con la efeméride de Belén, que obedecen, mas bien, a prácticas festivas tradicionales sin ninguna trascendencia espiritual. Ellos y nosotros sabemos que nada hay más lejos de la realidad. Ellos y nosotros sabemos que toda esta parafernalia, que todo este aparato festivo, que toda esta explosión de alegría y emoción significan el sentimiento profundo, la aceptación ineludible, la fuerza irresistible con que la Navidad está enraizada en nuestra cultura popular.

Todo cede al influjo de la NAVIDAD.



Pero volvamos al pueblo liso, auténtico y sin dobleces, porque las facetas más intrascendentes de la vida también se ven elevadas de condición y se incorporan a la epopeya de Belén: la Virgen lava pañales, o San José pesca en el río mientras los peces cantan, o el Divino Niño se ve privado de su ajuar porque los ladrones se lo han robado, o el zagalillo que lamenta desolado "A este Niño que ha nacido todos le traen un don, yo soy pobre, nada tengo, le traigo mi corazón".

¡Qué estupenda muestra de poesía, de ingenuidad y de devoción! Y esto es la Navidad: Poesía, Ingenuidad y Devoción.

Entre todas las formas de expresión popular que afloran en este tiempo de Navidad hay una que destaca sensiblemente entre todas por su elocuencia, por su significado y porque es un poco el compendio de todas las demás. Me refiero a los belenes, a los nacimientos, a los pesebres, como queráis y como os resulte más íntimo denominarlos.

Y me refiero a todos los nacimientos; a todos los belenes sean públicos, colectivos o familiares que todos se adornan de los mismos méritos y de las mismas calidades; sean fruto de ilusionados aficionados o hayan salido de las manos de eximios santeros, se alojen en recoletas capillas parroquiales, o se acojan humildemente a cualquier rincón de nuestros hogares...



Abramos con humildad y con deseo nuestros ojos y nuestros oídos y percibiremos con nitidez, como en ese mundo de pequeñas o grandes dimensiones, surgen por vez primera las actitudes, los sentimientos y las emociones que a lo largo de la historia ha despertado y sigue despertando el nacimiento de Jesús.

Y allá está Él, el protagonista de la historia, Dios infinito convertido en niño desvalido nacido de mujer, víctima sufriende de la insolidaridad y de la inclemencia. Él, que es expresión viva de amor y generosidad infinitos, acostado humildemente entre miserables pajas, que a su contacto se encienden de brillos de cielo.

Y la madre Virgen inclinada sobre el pesebre, extasiada ante tanta grandeza y tanta bondad nacidas de su vientre.

Y José, modesto y humilde como siempre, en segundo término, sereno, parece vigilar con ademán protector a su familia, la Sagrada Familia de Belén.

Y allá también, en el umbral del portal, con gesto de reverencia y embeleso, la lozana pastora con un corderillo en brazos que no cesa de balar, y el fornido labriego que ofrece al niño una orza de miel y el zagalillo con su zurrón vacío que susurra desolado como en el villancico: "yo soy pobre, nada tengo, te traigo mi corazón". Y en un rincón apartado, como avergonzado, un anciano de hombros humillados por los años, de rizada barba blanca, orgullo del imaginero que lo



modeló, que, en su silencio, con ojos encendidos por la emoción, las manos vacías y los brazos tendidos hacia el Niño parece decir como el zagalillo: "Tómame a mí, que otra cosa no tengo".

Fuera ya del Portal los actorcillos de barro, con su indumentaria multicolor y sus evidentes mutilaciones, expresión plástica de nuestras limitaciones humanas, se conducen diversamente. Los hay que con sobrio continente se entregan a sus quehaceres cotidianos: el herrero martilla en su fragua, mientras la lavandera lava a la orilla del río, o el pastor con su mentón apoyado en el extremo de su cayado, apacienta vigilante su rebaño. Resulta evidente que desconocen la buena nueva.

Otros, en cuyo gesto se adivina la posesión de la noticia, cargados de los más variados objetos, se dirigen al Portal en largas caminatas por aquellos senderos de serrín que de ningún sitio vienen, pero que al mismo sitio van.

Otros de allí regresan, aligerados de su carga, pero cargados de júbilo, pregonando con entusiasmo a los cuatro vientos la maravilla que acaban de presenciar.

En un lateral de la escena, guarecidos del rocío de la noche, en una hendidura de los riscos de corcho en las que se encaraman intrépidas las cabras de sus rebaños, junto a un retorcido olivo que crece con hambre y sed, un grupo de pastores reposa de las fatigas del día. Y un ángel radiante



surge del cielo oscuro y les participa la gran noticia: Jesús ha nacido, id y adoradle. Y allá van raudos los pastores, por los mismos caminos de serrín, y descubren al Niño y adoran al Dios que en él se encarna y de allí vuelven transformados como tantos otros. Y todos juntos, pastores, labriegos, zagales, lavanderas, molineros y mercaderes bailan alegres al son del pandero y de la zambomba, que esta noche es la más feliz de la historia de la humanidad.

En una cima lejana recortada contra las luces del amanecer surge, majestuosa, la silueta de tres esbeltos camellos portantes en sus jorobas de sendos personajes, de solemne porte y exquisita figura. Son los Magos de Oriente que, guiados por la estrella, se dirigen a Belén para rendir al que ha nacido, adoración, pleitesía y honor.

Pero el mal, tremenda tragedia teológica de la humanidad, también tiene su papel en la representación. Allá, a lo lejos, surgen feroces, sanguinarios, unos soldaditos ataviados con brillantes armaduras que blandiendo diminutas espadas degüellan niños inocentes por doquier. Buscan locos de odio al Niño de Belén. Quieren arrancar de la faz de la tierra el incipiente milagro de amor y de esperanza.

Allí estamos todos y cada uno de nosotros, a veces camino del portal, otras veces indiferentes y centrados en nuestras cosas. Allí están todos los que nos han precedido. Allí están nuestros deseos y proyectos, nuestros sueños y desvelos. Allí, en aquel pesebre, está el sentido de nuestra vida, la razón de



ser de nuestra Iglesia, el corazón de don Abundio, el ideal de Hermandades del Trabajo, ... Allí, en el Belén, en esta expresión gráfica de nuestra imaginación y de nuestra creatividad, está el mundo entero.

La acción concluye. Las figuritas de barro vuelven a su quietud y a su silencio. Y mientras el imaginario telón cae parsimonioso, allá a lo lejos, en los montes de Belén, los querubines cantan y el eco de valle en valle, repite insistente una y otra vez:

¡GLORIA A DIOS EN LO ALTO Y AQUÍ, EN LO BAJO, EN LA TIERRA, PAZ!"